

CARTA A LA DIÓCESIS

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María 2023

“Dichosa tú, que has creído” (Lc 1,45)

Queridos hermanos y hermanas, el Señor os dé la paz.

Unidos a toda la Iglesia nos disponemos a celebrar con júbilo la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, proclamada como verdad de fe por el papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854, pero creída, confesada y celebrada con entusiasmo muchos siglos antes por el pueblo cristiano, haciendo visible el antiguo lema de la tradición cristiana “*lex orandi, lex credendi*”, que pone de manifiesto que en la Iglesia, hubo tradición litúrgica, orante y celebrativa antes de que se plasmasen formalmente el credo y la dogmática.

Esta solemnidad de María, que alegra a la comunidad eclesial, encuentra particulares resonancias en nuestra Iglesia local; no en vano la Inmaculada es patrona de la archidiócesis y titular de nuestra iglesia-catedral, cuya bendición y dedicación fue presidida por monseñor Francisco Aldegunde el 8 de diciembre de 1961.

María, preservada desde siempre de toda relación con el pecado, Madre de Dios y nuestra, es la obra cumbre de la Creación, la Mujer llena de gracia, a quien todas las generaciones proclaman bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en ella, la mujer que ha sabido corresponder con obediencia de fe, como ninguna otra criatura, a la voluntad de Dios.

Ella acompaña maternalmente al pueblo cristiano; su presencia, silenciosa y materna es fuente de serena esperanza; es Ella quien aporta sosiego en la habitación de un enfermo, porque es Salud de los Enfermos; es ella quien hace menos dura la despedida de un ser querido, porque es la Consoladora de los Afligidos; es ella quien bendice los momentos de fiesta y regocijo, porque es Madre de nuestra alegría.

María, como ella misma se reconoce delante del Arcángel San Gabriel, es la Esclava del Señor, pero también la Virgen Fiel, la Madre de Cristo y de la Iglesia, que los Profetas habían esbozado y que Isaías retrata cuando todavía faltaban siglos para la venida del Salvador, advirtiendo al Pueblo de Israel que una Virgen daría a Luz a un Hijo y le pondría por nombre *Emmanuel* -Dios con nosotros- (cf. Is 7,14).

En el inicio del Adviento, la Inmaculada Concepción se presenta ante nuestra mirada como quien, apoyada en la esperanza, creyó contra toda esperanza (Rom 4,18). En ella descubrimos el ser más genuino de la Iglesia y su misión más esencial: ser *Cristófora* -portadora de Cristo-, el Hijo de Dios. Y no solo llevándolo en su seno, sino siguiéndolo con una actitud de discípula que no tiene parangón.

María es inmaculada porque participa totalmente de la salvación de Cristo. La Iglesia también es inmaculada porque participa de la misma salvación, aunque cada uno de sus miembros estemos expuestos todavía a las caídas y al pecado. Celebrar la fiesta de la Inmaculada no quiere decir, por tanto, extasiarnos únicamente ante la pureza de María. Quiere decir comprender que lo que llamamos "privilegio" de María también es una gracia nuestra, forma parte de nuestra vocación cristiana: todos estamos llamados a ser, como María, santos e intachables (cf. Ef 1,4).

Estar llamados a la santidad, de la que María Inmaculada es paradigma es sencillo pero exigente, conlleva necesariamente para nosotros oponernos con fuerza a todas las manifestaciones del pecado, luchando eficazmente para que vaya desapareciendo el rostro oscurecido de la Iglesia y aparezca cada vez con mayor claridad su verdadero rostro; y todo ello sin veleidades cátaras y sin refugiarnos en falsos misticismos sino aprendiendo de la Madre del Señor: así como la santidad de María se manifestó a través de una vida ordinaria y sin brillo aparente en la aldea de Nazaret, así también nuestro camino de santidad debe tejerse con los hilos de una existencia sencilla y sin brillos, que se esfuerza por estar muy cerca de todos, privilegiando a las víctimas del desamor, a quienes Jesús manifestó un amor preferencial.

La doble condición de madre y discípula, que en María tienen una resonancia del todo particular, no son propiedad exclusiva suya. Ella se presenta ante nosotros como modelo de apertura a la acción de Dios y de respuesta activa y generosa a su llamada. Su obediencia hace que la maternidad de María se oriente al servicio del Reino de Dios con una fecundidad que supera la realidad del alumbramiento de Cristo-Cabeza para abrazar a todo el Cuerpo de su Hijo, que es la Iglesia (cf. 1Cor 12, 12-17).

La celebración anual de la Inmaculada Concepción de la Virgen María nos ayuda a percibir con mayor fuerza que el reinado y el señorío de Dios son posibles en un mundo marcado fuertemente por el pecado en sus múltiples manifestaciones. Con sencillez y humildad, sin llamar la atención, sin ruidos ni estridencias, María presenta ante nuestra mirada la certeza de que otro mundo es posible y que no podemos cerrarnos descorazonados a la promesa de Dios que nos convoca a esperar unos cielos nuevos y una tierra nueva en que habite la justicia (cf. 2Pe 3,13). Es el mundo que, con otras palabras, nos pide el papa Francisco anhelemos cuando en su encíclica *Fratelli tutti* urge a que “*soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos*” (FT, 8). No importa la edad, no dejemos de soñar (cf. Joel 3,1) y permitamos que la fuerza del Espíritu revista nuestros sueños de concretas realidades que preparen en el día a día el *advenimiento* del Señor.

Os invito cordialmente a participar en la Vigilia de la Inmaculada que, preparada por la Comisión Diocesana de Liturgia, tendrá lugar en la tarde-noche del día 7 en distintos lugares de la archidiócesis. Os pido también que, allí donde sea posible, participéis jubilosos el día 8 en la celebración de la Eucaristía.

A todos deseo una feliz fiesta de la Inmaculada Concepción, que, a lo largo del Adviento que estamos a punto de estrenar, sintiéndonos hermanos de Jesucristo, perseveremos unánimes en la oración junto a María (cf. Hch 1,14) y, con las manos sujetando firmemente el arado, lejos de mirar hacia atrás (cf. Lc 9, 62), nos empeñemos en preparar el camino al Señor que viene (cf. Jn 3,3).

Con mi afecto fraterno y mi bendición.

Tánger, 1 de diciembre de 2023

+Fr. Emilio Rocha Grande, ofm
Arzobispo de Tánger